

Controversia

¿El entretenimiento es cultura?

Pedro de la Hoz
Carolina de la Torre
Alberto Faya
Rafael Hernández

Rafael Hernández: ¿Qué es el entretenimiento? ¿Qué formas de uso del tiempo libre constituyen lo que podría definirse como entretenimiento?

Carolina de la Torre: Cuando las personas se reúnen y realizan actividades en conjunto, producen formas de relacionarse e invertir el tiempo libre, que son cultura. Producimos cultura y también somos producidos por la cultura, como seres humanos desarrollados. El entretenimiento es un producto de la cultura creado por las personas que viviendo conjuntamente, en determinadas situaciones y épocas, desarrollan formas de divertirse, distraerse, pasar el tiempo, de hacer menos tedioso el transcurso del tiempo.

El entretenimiento como forma de expresión resulta muy difícil de analizar por sí solo. La calidad del entretenimiento o de lo que entretiene a cada cual es muy variable y subjetivo. Lo que para algunas personas es un trabajo, para otras puede resultar muy entretenido. Por ejemplo, en mi caso, muchas de las cosas que hago para entretenerme tienen que ver con mi profesión. ¿Qué parte del tiempo libre es entretenimiento, si el tiempo libre es el residuo del que se invierte en trabajar? Pensemos en una persona que trabaja en un lugar una parte del tiempo, y le queda libre otra parte; ese otro tiempo lo invierte en reproducir la vida de su hogar —lavar, planchar, cocinar— en transportarse o en satisfacer sus necesidades fisiológicas, y a veces a alguna gente no le queda ningún tiempo después de todo eso. Se supone que tiempo libre es aquel del que se puede disponer según la inclinación personal, y que ayuda a la persona a sentirse mejor, a recrear su espíritu, a superarse intelectualmente, a distraerse, a pasar el tiempo. ¿Qué partes de ese tiempo libre son entretenimiento? Prácticamente pudieran ser todas. Algunas

personas en su tiempo libre dicen: «no estoy haciendo nada», y se sientan en el balcón a conversar, porque se entretienen con eso. Por tanto, entretenimiento puede incluir una gran variedad de actividades, desde deportivas, hasta disfrutar de cualquier tipo de manifestación cultural, como ver un espectáculo de baile o bailar. La actividad lúdica, propia del ser humano, está incluida en el entretenimiento; surge desde que el individuo nace, se desarrolla espontáneamente, pero inmediatamente empieza a culturalizarse. El del juego es la primera experiencia mediante la cual los niños aprenden normas. También constituye entretenimiento sembrar un jardín, un huerto, y aprender acerca de las plantas. Y, naturalmente, ver la televisión o ir de compras, y otras actividades que nos parecen culturalmente más criticables, como las peleas de gallos o de perros, u otros juegos para apostar.

¿En qué medida podemos definir qué es entretenimiento y qué no? A cada persona la pueden entretener cosas que no entretienen a otras; sin embargo, como vivimos y nos desarrollamos socialmente, en una cultura determinada, puede ser que se tienda a fomentar o a estimular determinados valores en esa cultura, mediante determinadas formas de entretenimiento. Por tanto, a reserva de lo variable que puede ser lo entretenido para cada persona —la frase vulgar es desconectar— hay muchas cosas que se generan en el entretenimiento, como la creatividad, la competitividad, la capacidad de desarrollar habilidades mentales. Es muy interesante considerar cuáles tenemos y cuáles podemos estimular porque nos parecen culturalmente favorables. Cultivar el entretenimiento es también cultivar a la persona, e influye en lo que decidamos hacer cuando tengamos tiempo libre.

Alberto Faya: Como conozco las preocupaciones que tiene Carolina desde el punto de vista social, no me sorprende que cuando ella lista las actividades de entretenimiento, la mayoría resultan ser aquellas en las que el individuo, en tanto persona, se está relacionando con otras o tratando de hacer algo relacionado con otras. Sin embargo, hay muchos entretenimientos en los cuales esa relación cada vez se disminuye más. Por ejemplo, hoy, por una gestión burocrática que debía hacer, llegué a un lugar donde había una enorme cantidad de personas que estaban en mi misma situación. Para pasar por ese trago amargo que me llevó hasta las once de la mañana, decidí optar por dos formas de entretenimiento completamente diferentes. La primera fue tomar una serie de notas para venir a este panel. Me entretuve de esa manera, aislándome del lugar en que estaba, realizando una actividad relacionada con ustedes, es decir, con una función social que podría resultar útil. Al cabo de un rato, opté por cambiar de entretenimiento y utilizar un aparatito que me regalaron para jugar solitario. Me entretuve también durante mucho tiempo, y me enajené de mi alrededor, pero con un entretenimiento muy diferente, me estaba separando de del resto de las personas para ensimismarme sin muchas más relaciones de tipo social. Los entretenimientos —como decía Carolina— no son iguales para todas las personas, ni siquiera para todos los grupos de personas.

Pensando como músico, se me ocurre un ejemplo de la historia de la música. Handel creaba obras para el entretenimiento de los reyes de Inglaterra y de la nobleza inglesa. Se sentaban al borde del Támesis y escuchaban la música escrita por Handel para que la pasaran bien, sin mayores consecuencias, porque esas gentes tenían mucho tiempo libre para dedicarse a disfrutar. Era una actividad básicamente lúdica. Igual ocurre en *Batler*, esa fantástica película protagonizada por Gerard Depardieu, en la cual su personaje es el encargado de preparar los espectáculos para Luis XIV. O sea, eran entretenimientos para la nobleza cuya función social estaba muy limitada.

En la medida en que va pasando la historia, como en todos los aspectos de esta vida, el carácter mercantil se hace presente, cada vez más y, claro, los entretenimientos van siendo objeto de mecanismos de mercado. Vemos cómo hoy día se nos provee de cosas —como me proveyeron a mí del aparatito—, para

enajenarnos completamente, pasa salirnos de la realidad. Ese mecanismo de enajenación forma parte de la cultura contemporánea. Es el mismo horroroso mecanismo que lleva a un niño a pasarse horas en un juego de computadora, en el cual la violencia es tremenda, y se aísla de la sociedad, queda completamente fuera de su contexto social, como resultado de un proceso de fragmentación, en virtud de un mecanismo de entretenimiento. Ese proceso de fragmentación es deshumanizante, reduce al mínimo y hasta hace desaparecer a veces la relación de los individuos entre sí. Los desarrollos tecnológicos de la radio, el cine, la televisión, el video, contribuyen a ese proceso de fragmentación del individuo, facilitando las posibilidades de entretenimiento individual, aislado, sin relación con otros seres humanos. No se trata de que no haya mensajes a través de esos medios que tengan valores humanos profundos y que también pueden servir de entretenimiento. Estoy haciendo hincapié aquí en el entretenimiento deshumanizador, enajenante, al cual nosotros, como seres humanos, estamos siendo sometidos. Ese entretenimiento, más para mal que para bien, también forma parte de nuestra cultura.

Rafael Hernández: Alberto ha tocado dos aspectos relacionados con la segunda pregunta. Decía que el entretenimiento que le proporcionaba Handel a los reyes ingleses era para que la pasaran bien. ¿Será que la experiencia cultural ligada al entretenimiento se diferencia de la no ligada en que la primera es para «pasarla bien», y la segunda requiere un esfuerzo que no necesariamente está relacionado con un goce o un placer físico o psíquico?

Pedro de la Hoz: Es muy buena la pregunta. Hay que ir a las raíces del entretenimiento para ver cómo en el mismo origen de la palabra, de la actividad y del concepto, está relacionado con «pasarla bien». El término de origen latino usado universalmente para calificar el entretenimiento, es el ocio. No sé por qué perversión en los usos lingüísticos a veces vemos el ocio como el no hacer nada, cuando justamente los latinos diferenciaban el ocio del negocio, como dos actividades contrapuestas y diferentes. Mientras que el negocio era justamente la actividad interesaba a la reproducción económica del sistema, el ocio representaba el tiempo en el cual no se reproducía materialmente ese sistema. Por supuesto, en una sociedad esclavista ni el negocio ni el ocio atañían a los esclavos, sino a la clase dominante, que era la que negociaba y «ociaba» –por emplear un brutal neologismo–, y el ocio era justamente el tiempo reservado para «pasarla bien», para descansar, era el tiempo libre que luego ha sido analizado por los estudiosos. Es el tiempo que queda justamente para reproducir, para que el ser humano reproduzca su fuerza productiva, su capacidad creativa y material. Por tanto, en ese tiempo «para pasarla bien», quienes la siguen pasando bien son las clases que diseñan el ocio, su espacio para el descanso. El ocio resulta ser entonces una categoría histórica, y se pasa bien de muy diversas maneras, bien dejando sedimentos culturales, o bien con otro tipo de actividad que culturalmente no deje ningún sedimento. Pero, definitivamente, el ocio siempre es para pasarla bien –para hacer algo ajeno a la solución de las necesidades materiales.

Rafael, la respuesta a tu última pregunta depende de los recursos intelectuales que cada individuo —y grupos de individuos a través de su evolución histórica— disponga para pasarla bien. Si hay recursos intelectuales pobres, si no se cuenta con horizontes espirituales amplios, el ocio puede parecer un reto inalcanzable, y no una propuesta realmente enriquecedora. En muchos casos hay grupos de individuos —fundamentalmente después que surge la industria del ocio, que nos conduce a otro estadio del problema— para los que el ocio se ha convertido en un negocio. Esto comenzó desde la Edad Media, y sobre todo en la modernidad, con el desarrollo de las industrias del entretenimiento. En la modernidad se diseñan espacios, se imponen necesidades y hábitos culturales por parte de las clases dominantes a las

clases dominadas que no están todo el tiempo en la producción material y tienen determinado tiempo libre. Las clases dominantes necesitan entonces diseñar ese espacio para que se siga reproduciendo una manera de pensar, una ideología que no moleste, que no vaya contra sus intereses. De ahí que, en estos momentos, en el mundo se inviertan miles de millones de dólares en la industria del entretenimiento, y se diseñen espacios donde la subcultura resulta predominante y las cosas están pensadas para que grandes masas las pasen bien con recursos estéticos muy empobrecedores.

Rafael Hernández: ¿Esto podría reflejarse en el hecho de que hoy se utilice en los países anglófonos el término *entertainment* para identificar esta industria —y no el de arte popular, o el de espectáculo, o el de actividad artística?

Pedro de la Hoz: Tiene que ver con eso justamente —y no solo en esos países. Hay una perversión mediática que ha ganado escala universal: la segregación de la cultura del entretenimiento o del espectáculo. Cualquiera puede abrir un periódico de Singapur, El País de España o El Clarín de Argentina, y encontrar que en las páginas culturales solo se habla de las bellas artes, mientras que todo lo demás es espectáculo o entretenimiento. En las televisoras se presenta una programación de entretenimiento y otra cultural. Y no se trata solo de un fenómeno del mundo capitalista, desgraciadamente la mimesis de todo esto y la penetración de hábitos culturales heredados por siglos, hacen que, incluso en nuestra televisión, haya una programación educativo-cultural, y una programación de entretenimiento. Es el lenguaje con el cual la burocracia que dirige los medios se refiere a este ordenamiento, donde existe una esquizofrenia entre cultura y entretenimiento.

Rafael Hernández: A partir de todas estas definiciones sobre el significado de lo que abarca el entretenimiento, incluyendo aspectos identificados eventualmente como enajenantes, mi siguiente pregunta sería: ¿en qué medida el entretenimiento promueve valores culturales? ¿Esos entretenimientos «no culturales» no están definiendo una forma de conducta, de comportamiento y de valores que son toda una cultura —y a veces una cultura más aplastante que la que se identifica aquí como la verdadera?

Alberto Faya: En esto entra la función del arte y de los artistas. Es muy difícil concebir un espectáculo de entretenimiento ajeno a un trabajo artístico, cualquiera que este sea. Incluso en el diseño de los juguetitos de video de que hablé antes, subyace una concepción artística, un diseño, un trabajo, donde los artistas son utilizados a partir de sus capacidades, para inducir determinado tipo de ideas que al final —en el caso de los juegos— van a llenar el bolsillo de alguien. ¿Por qué? Porque el pensamiento y la labor artística, con su capacidad generalizadora, pueden instantáneamente reflejar una situación local, nacional o incluso universal, que le puede servir a una persona como síntesis de lo que está sucediendo. Esa es una tremenda posibilidad del arte, que ha sido utilizada para la industria artística y para la del ocio, muy vinculada a la artística. Se trata, pues, de conceptos muy cercanos a lo que estamos acostumbrados a llamar cultura. Esta posibilidad se ha explotado al máximo en el siglo xx. Por ejemplo, cuando una persona se sienta a ver una telenovela, simplemente para entretenerse, se encuentra ante un trabajo artístico, mediante el cual se transmiten determinados mensajes que pueden serle gratificantes, y hasta útiles. Sin embargo, en la medida en que esos mensajes para entretener estén relacionados con el interés fundamental de hacer dinero, comienza a limitarse el horizonte de posibilidades sociales que puedan ofrecer. Existen entretenimientos profundamente importantes para cada individuo y para la sociedad. Digamos, leer una novela, como *El Quijote*, que entretiene y brinda al ser humano una cantidad de posibilidades que pueden ser utilizadas socialmente por él.

Rafael Hernández: Sigo interesado en saber qué puede ser un entretenimiento y hasta qué punto puede promover o no valores culturales. Cuando hablamos de cultura siempre le damos una connotación positiva al término, como si no hubiera rasgos de la cultura que pueden ser enajenantes. Soslayamos a veces que, por ejemplo, puede haber una cultura racista, o elementos de machismo en la cultura, entre otros componentes negativos, pero reales. Me pregunto: si esos elementos no son culturales, no son parte de la cultura real, ¿dónde están entonces? Si valores como el racismo o el machismo se adquieren desde la infancia es porque están en la cultura. ¿Cómo hacemos esta distinción? ¿En qué medida se asocia esta distinción a nuestra idea del entretenimiento?

Carolina de la Torre: El concepto de cultura es amplio, incluye las formas en que vivimos y nos desarrollamos —cambiantes, por supuesto—, en diálogo con el mundo. Pero también la manera en que nos entretenemos.

La cuestión es cómo nuestra cultura pudiera —o no— promover que el entretenimiento genere, a su vez, valores culturales. Cómo hacerlo, tratándose de un entretenimiento individual, o de cualquier otro tipo, incluso no orientado a aumentar el conocimiento, pero que sí puede desarrollar habilidades o aptitudes para determinadas labores manuales, estimular la agilidad mental, la capacidad de desarrollar intercambios, los valores de honestidad, de respeto de las reglas, de posibilidad de interactuar con otras personas, así sea en un juego de mesa o cualquier otro. Hay muchas formas en que los distintos tipos de entretenimiento pueden generar valores culturales.

Quizás nos tengamos que poner de acuerdo sobre cuáles son los valores culturales que desearíamos promover. Pudieran ser aquellos que tienen que ver con el aumento del conocimiento, con ser mejores personas, más cultas, más cooperativas, con desarrollar habilidades, estimular la creatividad, aumentar la capacidad de imaginación, la respuesta rápida, entre otros. Ahora bien, hay que tener cuidado con ciertos decretos, como sería el caso de postular que ciertos entretenimientos son buenos y otros malos.

Me puse a buscar en Internet los vínculos entre palabras claves en este campo, y las dos que más relaciones tienen eran precisamente entretenimiento y cultura. Hay conceptos nuevos como entretenimiento productivo, entretenimiento educativo, entretenimiento activo —que se parece al descanso activo. No podemos permitirnos descansar o enfrentar el ocio si no sentimos que hacemos algo que pueda tener un resultado, donde aprendamos algo, donde nos desarrollemos en cualquier vertiente, desde la habilidad manual para armar un cubo, hasta los grandes valores humanistas relacionados con la literatura y el arte. Es necesaria una mente muy abierta para tolerar una gran diferencia de entretenimientos y mantener una gran atención para generar valores culturales —o al menos para no dañarlos.

En el Centro Juan Marinello se han hecho investigaciones sobre cómo pasa la gente el tiempo libre o cómo se entretienen las personas, lo que distingue a diversos grupos culturales. Se habla de la cultura empresarial y de la cultura de un pueblo. La palabra cultura abarca formas de relaciones que la gente establece en distintos lugares. Hay muchas y muy diversas formas de entretenimiento que pueden generar valores culturales, y también ser muy diversos.

Pedro de la Hoz: Respecto a tu pregunta, creo que todo lo que hacen los seres humanos en la etapa de ocio tiene un sentido. Uno recibe usualmente mucha información, aunque aparentemente no haga una actividad consciente, como la de leer un libro, y solamente mire un paisaje o la puesta del sol. Esa actividad, plena de sentido, lleva asumir un valor cultural determinado. Todo lo que se haga en el tiempo libre tiene un sentido cultural, lo que sucede es que hay sentidos y sinsentidos culturales.

Hay prácticas culturales empobrecedoras, diseñadas —como dije al principio— para que el hombre siga siendo pobre, que no se cuestione, que repita lo mismo; para que sea inerte o hasta pervertido; mientras que otras prácticas culturales, desarrolladas durante el ocio, pueden ser enriquecedoras, estimulantes, creativas. No siempre hay que relacionarlas con el conocimiento, pueden ser simplemente prácticas. Si comparamos la industria del ocio con lo que llamamos la cultura artística y literaria, el negocio más grande que hay dentro de la industria del espectáculo es el deporte. Uno de los grandes negocios de este tiempo es el fútbol, y el deporte en general, sobre todo desde que existen los grandes imperios mediáticos, que explotan su gran consumo. El dinero que se mueve alrededor de las transmisiones de fútbol a nivel mundial constituye inversiones gigantescas. Mucha gente en el mundo dedica los domingos a ver los partidos de fútbol y se quedan embobecidos —en el mejor sentido de la palabra— viendo un juego durante noventa minutos; e incluso programaciones de partidos sucesivos de acuerdo con los husos horarios. Esa es una práctica que puede resultar culturalmente útil. Pero hay que diferenciar entre el valor cultural que pueda tener para un aficionado al fútbol que va a ver ganar a su equipo por nada, porque le gusta, por pasarla bien, por sentirse parte de ese colectivo que anota el gol, del de un hooligan inglés, marcado por otros valores y que se entretiene gritando en un estadio, sacándose la camisa, tomando una porra para golpear a los jugadores —ganen o pierdan en el partido. Los dos han sido espectadores, han consumido los noventa minutos de un mismo partido, pero tienen valores diferentes, marcados tanto por el individuo como por la sociedad y el contexto donde se realiza esa práctica.

Es necesario, por tanto, apreciar el sedimento cultural que deja el entretenimiento y las prácticas culturales relacionadas con él, el uso del tiempo libre, en su relación con el contexto social, con los intereses creados y con el nivel de manipulación del entretenimiento en la sociedad contemporánea, que es muy grande. A veces, se induce imperceptiblemente a un individuo a una práctica determinada y a que no encuentre en ella su utilidad, sino solo sus aspectos más reductores.

Rafael Hernández: Podríamos decir que el entretenimiento está asociado con experiencias culturales que identificamos como constructivas o positivas. Sin embargo, también aquí podría identificarse una diversidad de percepciones. Pensemos en dos individuos, uno que toca un adagio en un violín, y otro una rumba en un cajón. Pudiera ser válida la pregunta: ¿hay uno que está produciendo entretenimiento y otro realizando una actividad culturalmente auténtica? Y también esta otra: ¿lo que en una época fue entretenimiento puede no serlo ya en un momento determinado? ¿Por qué oír el violín pudiera no ser un entretenimiento para muchísima gente que no lo disfrutan como tal, mientras que algunos pudieran incluso sentir que oír el violín puede ser espiritual o culturalmente bueno, pero quizás no precisamente entretenido?

Pedro de la Hoz: Piensan que es un trabajo, que requiere un esfuerzo.

Rafael Hernández: Digamos que sí. ¿Qué diferencia podría hacerse desde el punto de vista de esas distintas percepciones?

Pedro de la Hoz: Depende de la formación cultural, precisamente por los contextos. Los modos o las prácticas de entretenimiento tienen también una caducidad histórica, deben insertarse en una práctica histórica, algunas con determinada caducidad, otras permanentes. Yo hablaba de la puesta del sol. Para muchas personas a lo largo de la historia y de diversas geografías, verla es una manera de dedicar el tiempo libre. Es casi una práctica emotiva común dentro de los usos posibles del tiempo libre. Ahora bien, si ciertas prácticas culturales, en el tiempo libre, se ven como esfuerzo, retos o desafíos, cuando el individuo esté frente a ellas —porque

no las entienda o no posea los conocimientos necesarios para apropiarse de ellas— pueden pasar dos cosas: que los rechace o que se proponga integrarse a ellas, tratando de descubrir si hay algo interesante, si puede compartir algún aspecto de esas prácticas. Puede ser que le falten también los conocimientos para llegar a ellas, y las percibe entonces como un trabajo.

Hay que tener mucho cuidado con eso —y entiendo tu pregunta como un aviso de alerta—, a la hora de promover determinados valores culturales a través del entretenimiento; o sea, de orientar el uso del tiempo libre en nuestra sociedad hacia prácticas que pueden resultar contraproducentes cuando se hacen de una manera obligatoria. En primer lugar, el hombre se entretiene —aunque a veces lo empujen hacia ello, incluso a través de muy siniestras manipulaciones—, pero con lo que le gusta. Por eso decía que el entretenimiento tiene como requisito *sine qua non* pasarla bien. Por ejemplo, no la puede pasar bien un grupo de muchachos que sean obligados a ir a un concierto sinfónico porque sí, porque es bueno que vayan. No van a sentirse bien, se entretendrán realmente cuando disfruten —y utilizo intencionalmente este verbo— la práctica sinfónica. Se sentirán mucho mejor —para seguir con tu ejemplo— cuando sean capaces de disfrutar tanto la práctica sinfónica como la rumba de cajón. De lo contrario es una tarea, en la cual no están interviniendo ni pasándola bien. Es una imposición, y los modelos no se imponen. En una sociedad como la que queremos, el individuo tiene que pasarla bien de verdad. Esa sociedad debe facilitarle los recursos para que pueda entretenerse con la mayor cantidad de actividades recreativas posibles.

Carolina de la Torre: Voy a poner un ejemplo de un prejuicio. Tengo a mis dos hijos menores, Claudia y José Manuel. José Manuel siempre pareció que era el «no culto», porque le gustaba jugar al baloncesto, estar viendo los equipos en la televisión. Y Claudia, la «culto», porque va al teatro, al cine, conoce autores, obras. Esto es un prejuicio total, porque José es el que se conoce los equipos, los deportistas, qué países están al frente de los grupos en las Olimpiadas o como funciona la fisiología y el cuerpo humano. La cultura es también —aunque no lo único— acumulación de conocimientos, ampliación de los horizontes, incorporación de cosas que nos van alejando cada vez más de la condición primitiva y natural, irnos separando del comportamiento espontáneo, e ir adquiriendo patrones en sociedad; y como tal es muy diversa. Con mi ejemplo estoy tratando de responder la pregunta de Rafael: la rumba de cajón y el adagio en el violín son ambas expresiones culturales. De cierta manera —como escribió Magaly Muguercia, en un ensayo que no sé si publicó—, todos somos cultos. Entonces la tarea no es solo hacer de las personas individuos más cultos, en el sentido estrecho, sino a nuestra cultura (la de nuestro tiempo y nuestro lugar en el mundo) más productora de valores, más ecológica, menos machista o menos agresiva. Tenemos que tratar de que el concepto amplio de cultura deje de ser una declaración académica, incluyendo en esto al entretenimiento.

Para responder la pregunta sobre la diferencia entre lo entretenido y lo culturalmente auténtico hay que partir de lo que se entiende por valor. Un valor es la creencia en que determinado tipo de práctica, fenómeno, forma de comportamiento, es preferible respecto a otro, y por tanto es circunstancial. Es creado en una cultura, en un momento y para un grupo determinados. Es, quizás, un patrón ético o estético con el cual nos sentimos comprometidos. Por eso lo que es un valor para algunos grupos, puede no serlo para otros. Por ejemplo, en un momento de la historia, ir al circo romano y ser capaz de pelear o de matar podía ser un valor, un patrón estético, moral, con el cual existía un compromiso.

¿Qué genera valores? Las distintas prácticas. Somos más cultos, más desarrollados, en la medida en que nuestros entretenimientos sean más diversos, y vayan en armonía con los sistemas de valores de cada grupo social. Sabemos qué constituyen valores

en nuestra época y nuestro contexto. A casi todo el mundo —y a mí también— le resultan desagradables las peleas de perros que se hacen hoy en día. Es una práctica sanguinaria, se lastima a los animales, va en contra de la ecología. A lo mejor llega el momento en que pensemos lo mismo del boxeo. Todo eso tiene que ver con nuestro sistema de valores.

Los entretenimientos que producen valores son aquellos que estimulan determinados patrones éticos y formas de pensar, de desarrollarse, aceptadas y consideradas prestigiosas o alabables en una cultura determinada. Por eso el entretenimiento hay que verlo como sistema y en relación con el no entretenimiento. Lo que entretiene a la gente guarda mucha relación con lo que hace cuando no se entretiene. Cuando el entretenimiento enajena y nos aleja de producir, de trabajar, se convierte en adicción, por muy generador de habilidades que sea. Se convierte en algo que perjudica el resto de lo que debe ser la vida de un ser humano, y también es nocivo.

Alberto Faya: Quisiera ampliar un poco sobre la relación entre el entretenimiento y la generación de valores. Para mí es un placer tratar de llevarle a la población cubana todas las semanas durante veintisiete minutos, a través de un programa de televisión, una cantidad de mensajes relacionados con culturas, prácticas, valores —no solo artísticos, sino un poco más generales— que no son muy conocidos, de los cuales hay una información muy pequeña. Se trata de culturas que tradicionalmente se han movido, en gran medida, con valores ajenos a los nuestros. Por ejemplo, en uno de los programas voy a presentar una danza hindú. En tanto promotor de un conjunto de valores, me estoy jugando una carta, porque los que están frente a un televisor son dueños de la posibilidad de adquirir esos valores o no, y si eso no está dentro de los códigos con que esas personas funcionan, pueden cambiar de canal o apagar el televisor, y se pierde la posibilidad de que les llegue el mensaje. Por tanto, tengo que tratar de inducir esos nuevos valores mediante mecanismos que resulten agradables y entretenidos a esas personas. Si trato de inducir valores nuevos, tengo que hacerlo con la mayor cantidad de elementos de entretenimiento y placer. En este proceso de adquirir y proporcionar valores a otros seres humanos, el entretenimiento desempeña una función importante. También puede resultar contraproducente e incluso negar valores, o aislar a las personas y enajenarlas de su carácter humano; solo entonces comienza a no ser tan bueno. Por lo general, ese tipo de entretenimiento está en función de intereses mercantiles de determinados grupos sociales.

Rafael Hernández: Voy a ser el abogado del diablo una vez más. Cuando la diferencia está entre el entretenimiento «una buena película» y el entretenimiento «peleas de perros», resulta fácil decidirse, porque, salvo grupos minoritarios, el patrón dominante es la película. Pero hay veces que uno no quiere dedicarse a aprender sobre las danzas hindúes ni sobre la música asiática, y si bien no quiere tener una actividad culturalmente negativa, prefiere no pensar, porque está muy cansado, aunque no necesariamente haya estado cortando caña. Esta opción de no pensar es la que puede hacer preferir una película de otra, y tener más necesidad de una música que le haga olvidar los problemas de la vida, porque siente que lo requiere su equilibrio mental. Comentarios sobre esta afirmación.

Pedro de la Hoz: Es un deseo muy legítimo, que refleja también una opción. La persona que hace eso, aunque pueda ser un profesional, está respondiendo también a un patrón cultural. Siempre he sospechado de la desconexión y del no-pensamiento como actitud. Hay diversas maneras de «conectarse» en el tiempo libre. Necesariamente también hay que diferenciar las funciones diversas de las prácticas artísticas. Hay funciones que tienen un carácter más lúdico que otras. Lo que sí puede ser legítimo

es que alguien prefiera para determinada hora, un tipo de actividad más ligera, menos comprometida, pero nunca no pensante ni desconectante. También hay diferentes lugares y espacios. Una persona con una vida cultural más intensa es capaz de pasarla bien, tanto viendo algo que aparentemente sea para no pensar, aunque en definitiva siempre se piense algo, como en el ejemplo anterior de un partido de fútbol, —que, por cierto, también posee una estética determinada hasta en la forma de organizar el juego. Ver el partido, digamos, de cinco a siete de la noche, y después leer un libro que le aporte conocimientos, o uno de poesía. Mientras el individuo sea más integral, más puede encontrar diversas emociones y enriquecerse con diferentes experiencias, pasarla bien y descansar. Al menos así veo el modelo de entretenimiento, y de hombre y mujer entretenidos, que me place a mí.

Reitero que sospecho de los no pensantes, porque por el camino del no pensar y de «desconectar», llega uno a desconectarse totalmente de la realidad y elegir justamente prácticas enajenantes y embrutecedoras, aunque se trate de un profesional.

Carolina de la Torre: Estoy de acuerdo con la posición que acaba de expresar Pedro. Sin caer en una visión elitista, es cierto que las personas, en la medida en que están más cultivadas —en el sentido más amplio de la palabra y en cualquiera de sus dimensiones— pueden entretenerse con una mayor diversidad de actividades, incluso si se sientan solas en la computadora, pues estoy de acuerdo con lo que dijo Alberto. Descubrí una vez, sentándome en la computadora con mi sobrino —un niño que se pasa el día entero jugando ante la pantalla— que él se entretenía con un juego consistente en visitar capitales, así como con tres o cuatro juegos extraordinariamente instructivos que le abrían las puertas al mundo. Antes que todo, es necesario abrir la mente, considerar con flexibilidad muchas posibilidades de entretenimiento, y pensar que todo lo que no dañe los altos valores que nos proponemos, pudiera resultar válido, considerable y a lo mejor propicio para estimularlos, sin dañar valores universales.

Pedro de la Hoz: Carolina, tú también hablabas del problema de las adicciones.

Carolina de la Torre: El entretenimiento te puede alejar de trabajar, de vivir, de producir, y entonces se es un adicto como puede serlo un alcohólico. Incluso, una gran cantidad de la población se entretiene bebiendo.

Rafael Hernández: Más que con las peleas de perros.

Carolina de la Torre: Mucho más. Dicen: «me voy a tomar una botella para entretenerme». Esa forma de entretenimiento es una adicción. Por eso aclaro que se trata de favorecer nuestros valores y los valores universales.

Alberto Faya: Pedro llamaba la atención sobre la industria del ocio y del entretenimiento, y se refería a la diferenciación que se hace hoy entre el artista y el entertainer. El entertainer siempre es más ligero, trata de que la gente simplemente la pase bien, quede más o menos hipnotizada, y vuelva —por esa necesidad que todos tenemos de descansar— a encontrar ese descanso en una actividad que no conduce a nada, que la endroga. Como decía Pedro, se trata de pasar el tiempo, no hacer nada, evadirse, mediante un proceso de enajenación sobre el cual se instala toda una enorme industria, que forma parte de esa mala cultura contemporánea.

Rafael Hernández: Tienen la palabra los asistentes. Preguntas o comentarios que quieran hacer en relación con lo que se ha dicho o con lo que no se ha dicho.

Ramón García: La doctora Carolina hablaba sobre el entretenimiento como un proceso. Alberto Faya se refería a la fragmentación del hombre, la manipulación

de que es objeto. En el fondo lo que está debatiéndose es la apropiación de la condición humana del hombre, a partir de cómo se establece esa relación objeto-sujeto; es decir, en qué medida se es objeto o sujeto en ese proceso. Esa moneda tiene dos caras. Por un lado, están los actos de manipulación de lo social y, por otro, las posturas regresivas y evasivas que eso genera. Si uno observa la forja del sujeto popular en el siglo xx cubano, incluido el proceso revolucionario, puede constatar las diferencias entre la eclosión de cultura popular en los años 60, y luego la emergencia de tendencias tecnocráticas, homogeneizadoras y simplificadoras durante los años 70 y 80, que se extienden a los 90. No se trata de un proceso lineal. Cómo pudiéramos leer esa experiencia histórica a la luz de lo que han planteado los panelistas en torno a la relación objeto-sujeto. Esa es mi pregunta.

Denia García Ronda: Me pregunto cómo se puede formar ese nivel de gusto en relación con el entretenimiento o del ocio, como decía Pedro. Como él decía, no se puede obligar a las personas —tengan la edad que tengan— a que gusten de una actividad determinada en su tiempo libre. ¿Cómo se puede lograr que una persona o grupos de personas se entretengan con un concierto de violín, con El Quijote, o algo equivalente? Veo ahí una contradicción. Si se trata de llevar el conocimiento, el entretenimiento cultural, mediante algo agradable, que pueda gustar, ¿cómo lograrlo? Quizás llevando al niño a un concierto desde que es chiquito. Sería difícil ponerlo a escoger: ¿qué te gusta más, un juego de pelota o un concierto?, ¿un libro de lectura o un pitén en la calle? Esa preocupación la he tenido siempre y quisiera que comentaran al respecto.

Josefina Suárez: Pedro de la Hoz rechazaba la disposición a desconectarse. Mi pregunta es cómo explicar, desde el nivel externo, ese fenómeno tan extendido del deseo de descanso, aunque sea realizando una actividad tonta, ligera, viendo una comedia estúpida. Propongo que se profundice sobre ese fenómeno.

Denia García Ronda: Quería agregar algo sobre el problema de la separación de que hablaba Faya. No hay nada más solitario, por ejemplo, que la lectura. El individuo se aísla durante un tiempo, pero eso lo hace ser mejor persona, ser más colaborador. El propio creador de literatura es también un solitario. ¿Ese aislamiento tiene un efecto negativo?

Carolina de la Torre: Sin la intención de poner a los aquí reunidos a practicar psicoterapia de grupo esto, sería bueno preguntarnos: ¿qué nos pasa? Cuando yo quiero saber algo, lo primero que hago es preguntarme qué me pasa a mí. De otra manera, lo intelectualizamos todo. ¿Qué nos pasa a nosotros, los aquí presentes, con el problema del entretenimiento?, ¿con qué nos entretenemos, si necesitamos entretenernos?

Alberto Faya: Desde que se inventó la imprenta para acá, la condición solitaria se ha ido globalizando cada vez más. Los llamados internautas gastan horas buscando información. Ahora bien, no es lo mismo leerse Rayuela en solitario, que una novela de Corín Tellado. Rayuela produce un placer, y le permite a la persona manejar una cantidad de códigos; se trata de un placer y un entretenimiento que después se devuelve de alguna manera a los semejantes. Hay una literatura que no lleva a la persona a la vida, sino que la enajena. Cuando hablo de solitarios, hablo de esa enajenación, que lo lleva a salirse de la realidad. Leer un buen libro le hace a uno entrar en la realidad de una manera muy específica, interesante y útil.

Por supuesto, hay tantos gustos como seres humanos. No se puede conjugar el verbo gustar en imperativo, nadie puede decirle a otro: «gusta esto». El gusto es un

ejercicio totalmente individual, algo que uno «escoge», y ese entrecomillado expresa una relación social que define también la calidad y característica del entretenimiento. Conozco a personas muy respetables, seres humanos únicos, que han llegado a decir que para ellos la felicidad es la lucha.

Pedro de la Hoz: Voy a referirme a tres cuestiones de manera telegráfica. La primera es la planteada por Denia. Pienso que se trata de un problema muy difícil, pues aunque los gustos sí se forman, en ese proceso inciden factores complejos, materiales, sociales, intelectuales, contextuales. Tengo conciencia de que es una pregunta ineludible, si se aspira a dar un salto de calidad, pero resulta retardadora.

La segunda cuestión tiene que ver con lo apuntado por Alberto. Al que lee a Corín Tellado y le gusta, lo que le complace es que Corín Tellado le está proponiendo un modelo ilusorio, que puede disfrutar y pasarla bien, sintiéndose como protagonista de una de esas novelas. Generalmente, esta es una literatura dirigida a cierto público femenino, orientada a imbuir determinadas maneras de pensar, que le induzcan un papel determinado en las relaciones sociales. Este modelo que se busca reproducir en las cabezas de esas lectoras hace que estas la pasen bien, pues para eso está diseñado. Ahora bien, quiero llamar la atención sobre una cuestión que surgió desde el principio del panel. En mi opinión, se debe distinguir entre las tecnologías y sus usos. Navegar en Internet o leer, esas actividades «solitarias» no lo son tanto, pues también se chatea a través de Internet; y cuando se lee un libro —independientemente de si es buena o mala literatura— el lector es el menos solitario del mundo, porque se ubica entre esos personajes y se siente acompañado por ellos. Esa es, al menos, mi manera de leer. Tanto la imprenta como las llamadas nuevas tecnologías digitales adquieren valor a partir de su utilización.

Ramón nos proponía otro problema, otro debate, que es mucho más complicado. La periodización que él hace sobre la relación sujeto-objeto, en el proceso de las prácticas culturales desde 1959 daría lugar para otra mesa muy polémica, en la cual sería necesario juntar diversos puntos de vista. Creo que ha habido una demonización de determinados períodos, así como la angelización de otros. Para mí, que he sido protagonista desde abajo, recibiendo palos y muchas cosas más, hay mucha tela por donde cortar.

Carolina de la Torre: Estimular un entretenimiento mejor en el sentido de incorporar valores universales no es tarea de los responsables del entretenimiento, ni ocurre dentro del tiempo de entretenimiento, sino del no-entretenimiento. No es posible obligar, por ejemplo, a los niños, a que gusten de ir a un concierto, aunque sí a que aprueben unas materias en la escuela. El tiempo que se dedica a ambas cosas es clave, pues ambos configuran un sistema.

Alberto Faya: Carolina, yo no sé cómo diferenciar el tiempo del no-entretenimiento del entretenimiento.

Carolina de la Torre: Es difícilísimo, eso es verdad. Por ejemplo, en la escuela.

Alberto Faya: Es difícil decir: «Ahora me voy a entretener y no admito que nadie se meta conmigo».

Carolina de la Torre: Es verdad.

Alberto Faya: Si decido en este momento entretenerme y quedarme solo conmigo mismo, no sé cómo puedo separarme del momento en que diga: «Ahora voy a atender los problemas que la humanidad ha venido acumulando y que me pueden servir para ser mejor ser humano». Ambas cosas se mezclan. Existe —y perdonen que insista en esto— un negocio bien montado que ha influido directamente sobre la

cultura de todos nosotros, mediante el cual se manipulan gustos, necesidades, voluntades, y una cantidad de valores. Esto se manifiesta al escoger un entretenimiento, cuando el ser humano está solo consigo mismo, si eso fuese posible, alejado de la presencia de otros.

Pedro de la Hoz: Cuando uno repara en el día de un ser humano, hay un tiempo delimitado en que está trabajando o estudiando, y que no es el tiempo asignado al ocio. En la práctica cotidiana, hay lapsos para trabajar, para estudiar, para reproducir o crear bienes materiales, para prestar servicios. Puede ser que a uno le guste tanto el trabajo que hace, que resulte también un placer. Pero cuando hablo del ocio se trata de otra cosa, del tiempo dedicado a algo diferente. A medida que en una sociedad se van desarrollando las fuerzas productivas, el tiempo de ocio debe ser mayor. Hay sociedades donde ya se plantea no trabajar los viernes. ¿Qué hacer con esos tres días del fin de semana? Hay diversas maneras de invertir ese tiempo, como se ha señalado aquí.

En relación con el reto que planteaba Denia, estoy en parte de acuerdo con lo que dice Carolina. Pero el problema para mí resulta aún más complicado. Indiscutiblemente, la escuela y la familia transmiten valores y conductas al respecto. Pero valdría la pena hacer un estudio, no solo teniendo en cuenta la escuela y la familia, sino al entorno social, el barrio, la comunidad, además, naturalmente de las características individuales. A veces ocurre que seres humanos criados en el mismo lugar, con la misma familia, tienen gustos muy diferentes. Hay que pensarlo como sistema, y a partir de la diversidad. Porque es necesario estimular la diversidad de las prácticas que se realizan en los tiempos de ocio, enfatizando en aquellas que reproduzcan valores. No estoy hablando solo de los grandes valores, sino de todo tipo de valor útil al ser humano, que lo enriquezca y lo haga más pleno. Se trata de una tarea bastante complicada, que tiene que ver también con la gente que diseña el entretenimiento, como dice Alberto. Mucha gente que diseña el entretenimiento, en nuestro propio país, tiene patrones y reproduce modelos pertenecientes a otras sociedades.

Carolina de la Torre: El sistema es fundamental, y no es solo la escuela. Todo lo que se aprende influye en el entretenimiento. Lo que la vida no le propicia al ser humano, lo hace ir en busca de la enajenación, de la evasión. Muchas personas tienen un sentido en su vida, viven obsesionadas por lo que están creando. No me imagino a Miguel Ángel diciendo: «Tengo que entretenerme un rato». Los obsesionados no buscan entretenimiento, viven detrás de algo que está guiando su vida. Todo el mundo no puede alcanzar ese estado, pero en la medida en que más personas se acerquen a la búsqueda de un sentido, de una meta, de algo que los apasione, los mueva, entonces no andarán buscando la evasión en un entretenimiento.

Pedro de la Hoz: Una de las maneras que tengo de entretenerme es corriendo. Cuando corro, cambio de actividad, esa es mi manera de conectarme con otro tipo de cosa.

Carolina de la Torre: Exacto, no se trata de desconectar, sino de conectar.

Rafael Hernández: Una cuestión ha atravesado toda la discusión y está presente en la pregunta inicial sobre si el entretenimiento es cultura. Los que toman decisiones sobre el diseño del entretenimiento, reflejan gustos vigentes. Pero incluso el segmento que escapa al control de las instituciones del Estado también establece una dicotomía entretenimiento-cultura. Por ejemplo, si una persona acude a un banco de videos no registrado oficialmente, lo que encontrará responde a un perfil diferente al banco de video de la Cinemateca, o a las películas de un canal de televisión. No se trata de algo totalmente fuera de nosotros, pues la industria del entretenimiento moldea

gustos, punto sobre el cual Alberto ha martillado varias veces. Esa industria no es un mecanismo totalmente externo, sino que está aquí adentro, en las mentes y las prácticas culturales específicas.

Todo el mundo estaría de acuerdo en que, por ejemplo, un juego de pelota entre los equipos de Cabaiguán y Guayos no tiene el mismo nivel que, digamos, entre Villa Clara e Industriales —sin que esté menospreciando con este ejemplo a los equipos municipales. La misma actividad puede tener componentes y elementos de distinto nivel de participación, de calidad. En cuanto a las otras formas mencionadas aquí de un cierto entretenimiento más abyecto, que propicia la muerte de animales y otras prácticas más bien chocantes, así como algunas formas de cultura popular, como el folletín, también ocurre lo mismo. Alguien podría argumentar la diferencia entre una pelea de gallos y la pesca deportiva de la aguja —aunque en ambos puede estar involucrada la muerte gratuita de un animal. Se critica a la novela de folletín por sus fórmulas repetidas, y se dice que estas enajenan, porque aplican recetas. Sin embargo, las grandes obras de Dostoievski y de Zola eran novelas de folletín. Hay una gran cantidad de vínculos y vasos comunicantes entre cultura y entretenimiento, como los que se han mencionado aquí, incluido el del entretenimiento pasivo y activo, relacionado con la cuestión que suscitaba Ramón sobre ser objeto o sujeto. En la medida en que se separa de lo cultural, en la medida en que se aleja de una actividad culturalmente constructiva, el entretenimiento se hace más pasivo, más puramente receptivo, inerte, circunscrito al consumo, o incluso inhumano y enajenado. Al mismo tiempo, el problema formulado en términos de la lectura de *Rayuela* y una novela de Corín Tellado resulta clave para la cultura real, sobre todo por la masividad de los lectores de un lado, y no de otro. Esto se relaciona con el intercambio entre Alberto y Pedro acerca de las formas interesantes, amenas, atractivas, de hacer que los productos culturales se conviertan en una experiencia colectiva —o no lleguen a serlo.

Alberto Faya: Ojalá se entretengan los lectores leyendo este panel en la revista *Temas*.

Rafael Hernández: No estoy muy seguro de que *Temas* sea muy entretenida. A veces nos preguntan: «¿por qué no tiene fotografías?», «¿por qué no tiene ilustraciones?». En vez de esa distracción visual, hay ideas, a veces áridas para algunos lectores; aunque este no sea el caso de este panel. La sección Controversia en *Temas* tiene su público, sobre todo porque permite a los lectores participar en cierta medida de una serie de discrepancias. Me encuentro a alguno que me dice: «ese número de la revista está muy bueno, aunque no estoy de acuerdo con cosas que se dijeron en el panel». Aquí está el detalle, como decía Cantinflas, la gracia, el toque de esta actividad, y el sentido de la revista. Gracias a todos los miembros del panel, y a ustedes por su participación.

Participantes:

Rafael Hernández. Politólogo e investigador. Director de la revista *Temas*.

Carolina de la Torre. Psicóloga e investigadora.

Pedro de la Hoz. Periodista. Periódico *Granma*.

Alberto Faya. Músico, intérprete, realizador de televisión.